

EDITORIAL

El alcohol de los jóvenes

17.11.07 -

La mayoría de los adolescentes considera el alcohol como una pieza básica de su ritual de ocio y socialización, e interpreta su consumo con normalidad, sin equiparar la embriaguez festiva con los riesgos del alcoholismo. Una pócima de fin semana que les permite marcar frontera con los adultos, afinar su rebeldía, acotar un espacio propio, hacer grupo y relacionarse. En síntesis, «ser joven» y divertirse. Este perfil, extraído del estudio presentado ayer por La Caixa (Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres), confirma una preocupante realidad, que, lejos de menguar se afianza, cuando no se agrava: los adolescentes han creado y consolidado su propio modelo de consumo de alcohol que se escapa de la influencia de las familias y del control institucional. Si hasta hace tres décadas la iniciación tenía lugar en los propios hogares, la desaparición del consumo infantil ha «trasladado» al exterior, a la calle y los amigos el proceso de «aprendizaje». Una circunstancia que evidencia la inoperancia en la aplicación de la legislación en materia de compra y consumo y la persistencia de una insana permisividad social.

El fenómeno del botellón es la síntesis de esta nueva propuesta juvenil. Según el informe de La Caixa, lo practican la mitad de los adolescentes españoles y, si bien no se ha incrementado su número, sí la frecuencia hasta el punto de que en seis años se ha duplicado la cifra de quienes participan semanalmente. Ante ello, las autoridades han mantenido políticas más relacionadas con el orden público que con la salud. Pero la realidad es que, pese a las leyes de prohibición, el 94% de los adolescentes confiesa que es fácil o muy fácil conseguir alcohol; que el 80% de los menores ya se ha iniciado en el consumo -hay un estremecedor 7% de niños de 12 años-, que el 65% de ellos lo ve como algo normal u ordinario; y que en diez años, entre 1994 y 2004, los jóvenes embriagados al menos una vez al mes han pasado del 22% al 37%, en el caso de los chicos, y del 20% al 32,5%, en el de las chicas. Datos y porcentajes que constatan la gravedad de un problema para el que ni las administraciones implicadas han encontrado solución ni los agentes de socialización -educativos, culturales, familiares- han sido capaces de reconducir.

Es significativa la renuncia expresa de gran parte de los padres, que dicen no haber encontrado el momento preciso para intervenir. Un claro reflejo de una sociedad que sigue viendo en el alcohol, en buena medida, un rito de iniciación, un tránsito obligado hacia la madurez.

Sólo cuando se deseche esa falsa premisa y se forme a los jóvenes en valores de responsabilidad y espíritu crítico se podrá revertir la situación. Hasta entonces sería deseable que a las abundantes campañas de concienciación se les unan el rigor en la aplicación de la ley y unas buenas dosis de imaginación para crear alternativas de ocio, atractivas y variadas, que prescindan del alcohol como llave maestra para la diversión.